

## CAPÍTULO V

## El poema didáctico de Lucrecio acerca de la naturaleza

Roma y el materialismo.—Lucrecio; su carácter y sus tendencias.—Sumario del libro primero: la religión es el origen de todo mal.—Nada nace de la nada y nada puede ser aniquilado.—El vacío y los átomos.—Elogio de Empédocles.—El mundo es infinito.—Idea de la pesantez.—La finalidad considerada como caso especial y permanente en todas las combinaciones posibles.—Sumario del libro segundo: los átomos y sus movimientos.—Origen de la sensación.—Los mundos que nacen y desaparecen son en número infinitos.—Sumario del libro tercero: el alma.—Inanidad del temor á la muerte.—Sumario del libro cuarto: la antropología especial.—Sumario del libro quinto: cosmogonía.—El método de las posibilidades en la explicación de la naturaleza.—Desenvolvimiento del género humano.—Origen del lenguaje, de las artes y de los Estados.—La religión.—Sumario del libro sexto: fenómenos meteóricos.—Enfermedades.—Las regiones del averno.—Explicación de la atracción magnética.

De todos los pueblos de la antigüedad, el pueblo romano fué quizá el que desde su origen se mostró más opuesto que otro alguno á las ideas materialistas; su religión estaba profundamente arraigada en la superstición y toda su vida política estuvo dominada por fórmulas supersticiosas; se mantenían las costumbres tradicionales con obstinación extremada; el arte y la ciencia tenían pocos encantos para los romanos y el estudio de la naturaleza les atraía mucho menos todavía; la tendencia práctica de su vida se acusa en todos sus actos y, esta tendencia misma, lejos de ser materialista, era espiritualista por lo general; preferían la dominación á la opulencia, la gloria al bienestar y los triunfos á todo; sus virtudes no eran las de la paz, ni las de la industria emprendedora, ni las de la justicia sino más bien el valor, la perseverancia y la

sobriedad; los vicios de los romanos no fueron, en los orígenes, ni el lujo, ni el deseo de los placeres sino la dureza, la crueldad y la perfidia; al talento organizador, unido al carácter guerrero, se debió la grandeza de Roma, grandeza de que tuvo conciencia y de la cual estaba orgullosa; desde su primer contacto con los griegos manifestó su antipatía contra el pueblo helénico, antipatía que resultaba de la semejanza del carácter de las dos naciones y que había de durar muchos siglos.

El arte y la literatura de la Grecia empezaron á penetrar poco á poco en Roma después de la derrota de Aníbal, pero también al mismo tiempo se introdujeron el lujo, la molición, el fanatismo y la inmoralidad de las naciones asiáticas y africanas. Las naciones vencidas acudieron á su nueva capital é introdujeron allí en seguida las más diversas costumbres de los pueblos de la antigüedad, y los grandes fueron adquiriendo cada vez más el gusto á la cultura intelectual y á los refinados placeres de la existencia; generales y procónsules se apoderaron de las obras maestras del arte griego; se abrieron en Roma escuelas de filósofos y oradores helénicos que se mandaron cerrar muchas veces para volverse á abrir de nuevo, pues temían el elemento disolvente de la cultura griega cuyo éxito fué tanto más brillante y ruidoso cuanto más tiempo se resistió á sus encantos; el mismo Catón el viejo aprendió griego, y, así que se hubo estudiado la lengua y la literatura de Grecia, la influencia de su filosofía fué inevitable. En los últimos tiempos de la república el pleito estaba completamente ganado; todos los romanos bien educados entendían la lengua de Homero, los jóvenes patricios iban á Grecia á completar sus estudios y los espíritus más distinguidos se esforzaron en vaciar la literatura patria en el molde de la literatura helénica.

Dos escuelas de la filosofía griega cautivaron sobre todo la atención de los romanos, la de los estoicos y la de los epicúreos; la primera, con su rudo orgullo de virtud,

estaba en esencial relación con el carácter romano, la segunda más conforme con el espíritu de aquella época y de los tiempos que siguieron, y ambas (y esto pinta el genio de la raza) con tendencias prácticas y en formas dogmáticas. Estas dos escuelas, que no obstante de sus marcadas divergencias tenían tantos puntos comunes, se trataron con más benevolencia mutua en Roma que en su patria, aunque sea cierto que las exageradas calumnias propagadas sistemáticamente desde Crisipo por los estoicos contra los epicúreos se divulgasen también en Roma; bien pronto en esta ciudad «epicúreo» significó tanto como esclavo de sus pasiones y se juzgó con doble frivolidad la filosofía de la naturaleza adoptada por dicha escuela, filosofía que no toleraba adorno alguno de palabras ininteligibles; el mismo Cicerón cometió la injusticia de popularizar el epicurismo en la mala acepción de la palabra y de darle un barniz ridículo que un estudio atento desvanece en seguida. A pesar de todo lo dicho, la mayor parte de los romanos hicieron de la filosofía un diletantismo y, por esta razón, no se unieron á una escuela con bastante exclusivismo para poder apreciar los sistemas opuestos; la seguridad de su posición social y la universalidad de sus relaciones políticas libraron á los grandes de Roma de toda preocupación; así que hasta en Séneca, se encuentran proposiciones que dieron motivo á Gassendi para afiliar á este filósofo entre los epicúreos; Bruto el estoico y Casio el epicúreo, bañaron igualmente sus manos en la sangre de César.

Pero si esta misma concepción fácil y popular de la doctrina epicúrea, que Cicerón nos presenta con tan desfavorables colores, permite conciliarla hasta con las escuelas más diversas, pierde, alterándose, su carácter en la mayor parte de los epicúreos romanos y ofrece de esta suerte un punto de apoyo á los ataques del vulgo. En los tiempos en que los romanos sólo tenían una tintura superficial de la civilización helénica, ya habían

cambiado la rudeza de sus costumbres primitivas contra el lujo y el libertinaje, y en este concepto sus pasiones, como á menudo se observa en los individuos, se hicieron tanto más desenfrenadas cuanto más largo tiempo se habían contenido; en la época de Mario y Sila este cambio en las costumbres estaba realizado por completo; los romanos eran ya materialistas prácticos, y con frecuencia en el peor sentido de la palabra, aun antes de conocer el materialismo teórico; la teoría de Epicuro era por lo general mucho más pura y noble que la práctica de esos romanos que tenían que escoger entre estos dos caminos: ó bien corregirse y someterse á una sabia disciplina ó ya desnaturalizar la teoría mezclando en ella á diestro y siniestro opiniones favorables ó desfavorables para venir á parar en el epicurismo que se deseaba; este epicurismo fué el predilecto, como concepción más cómoda, hasta para las naturalezas más dignas y los hombres más versados en las cuestiones filosóficas; así, Horacio se llama á sí mismo, con maliciosa ironía, *puerco de la pira de Epicuro*, dejando á un lado la moral austera del epicurismo primitivo; el mismo poeta toma á menudo como modelo á Aristipo de Cirene. Virgilio se significó menos categóricamente, pues aunque también tuvo á Epicuro por maestro, se apropió muchas opiniones pertenecientes á otros sistemas. En medio de todos estos semifilósofos sobresale un perfecto epicúreo, Lucrecio, cuyo poema didáctico *De rerum natura*, más que ninguna otra obra, ha contribuído desde el Renacimiento á poner en relieve y á esclarecer con luz viva las doctrinas de Epicuro; los materialistas del siglo XVIII estudiaron y admiraron á Lucrecio, pero sólo en nuestros días el materialismo parece haberse libertado de las tradiciones antiguas.

Tito Lucrecio Caro nació el año 99 y murió en el 55 antes de Jesucristo; no se sabe casi nada acerca de su vida; buscando un refugio moral en medio de las guerras civiles lo encontró en la filosofía de Epicuro; emprendió

su gran poema para atraer á esta doctrina á su amigo Memmio. El entusiasmo con que opone los beneficios de su filosofía á las turbulencias y al vacío de su tiempo da á su obra tal elevación, tal esfuerzo de imaginación y de fe, que hace olvidar ciertamente la dulce serenidad de la vida epicúrea y comunica á veces á la doctrina cierto matiz estoico. Bernhardy se equivoca cuando dice en su *Historia de la literatura romana* que, «de Epicuro y sus partidarios, Lucrecio recibió sólo el esqueleto de una filosofía de la naturaleza»; el sabio filólogo desconoce á Epicuro y le juzga más injustamente todavía en las siguientes frases: «Lucrecio edificó sobre esas bases de una concepción mecánica de la naturaleza, pero, esforzándose en defender los derechos de la libertad é independencia personales contra toda tradición religiosa, trató de introducir el saber en la práctica y quiso manumitir por completo al hombre haciéndole penetrar por la ciencia en el fondo y en la esencia de las cosas». Ya hemos visto que esta tendencia hacia la liberación es precisamente el nervio del sistema epicúreo, que el incompleto análisis de Cicerón nos impide juzgar desde este punto de vista; afortunadamente Diógenes Laercio, en sus excelentes biografías, nos ha transmitido las mismas palabras de Epicuro que constituyen el fondo de nuestra exposición precedente (41). Epicuro sedujo á Lucrecio y le inspiró tan vivo entusiasmo, principalmente por la audacia y la fuerza moral con que el filósofo griego destruye el temor á los dioses para fundar la moral sobre inquebrantables cimientos; así lo declara formalmente Lucrecio inmediatamente después del brillante comienzo de su poema dirigido á Memmio:

«Cuando el género humano arrastraba sobre la tierra su miserable existencia agobiado bajo el peso de la Religión, que desde lo alto de los cielos mostraba su cabeza y lanzaba sobre los mortales espantosas miradas, un griego fué el primero que se atrevió á levantar contra ella sus ojos mortales y mirarla cara á cara. Ni el renombre de los

dioses, ni el rayo, ni el amenazador estrago del trueno celeste detuvieron su audacia; el indomable valor redobló sus energías y le impelió á demoler las estrechas barreras que vedaban al hombre el acceso á la naturaleza».

No negamos que Lucrecio ha bebido también en otras fuentes, estudiado con atención los escritos de Empédocles y que acaso se aprovechó asimismo de sus observaciones personales en las partes de su poema que tratan de historia natural; pero no olvidemos que en la actualidad se ignora cuántos tesoros encerraban las obras por desgracia perdidas de Epicuro. Casi todos los críticos colocan, por el verbo y la originalidad, el poema de Lucrecio en primera línea entre las obras literarias que precedieron al siglo de Augusto; no obstante, la parte didáctica es á menudo descosida y seca ó enlazada por transiciones bruscas á las descripciones poéticas; el estilo de Lucrecio es sencillo, duro y eminentemente arcaico; los poetas de la época de Augusto, que se creían muy por encima de sus rudos antecesores, no hacían excepción alguna en favor de Lucrecio; á él hace alusión Virgilio en el siguiente párrafo: «Feliz quien ha podido conocer las causas de las cosas y que ha hollado con sus pies todos los terrores, el inexorable destino y el grito del insaciable Aqueronte».

Está fuera de duda que Lucrecio ha contribuido poderosamente á propagar entre los romanos la filosofía epicúrea, que alcanzó todo su apogeo en el reinado de Augusto, pues aunque entonces no tuvo un representante de la importancia de Lucrecio, todos los poetas amigos de los placeres que se agruparon alrededor de Mecenas y del emperador fueron conducidos y guiados por esta doctrina; pero cuando bajo Tiberio y Nerón se produjeron tantas atrocidades de todo género, y los goces de la vida les emponzoñaron el peligro ó la vergüenza, los epicúreos estuvieron apartados durante este período de la filosofía pagana y fueron los estoicos principalmente quienes aceptaron el combate contra los vicios y la infamia, perecien-

do víctimas de los tiranos con valerosa serenidad, como Séneca y el poeta Thraseas; pero no es menos cierto que la filosofía epicúrea en toda su pureza, y más que nada con el desarrollo que la había dado el enérgico Lucrecio, hubiera podido inspirar también á las almas arranques no menos generosos; mas precisamente las cualidades manifestadas por Lucrecio, la pureza, la fuerza y la energía, se hicieron muy raras en esta escuela y acaso desde este gran poeta hasta nuestros días no hayan vuelto á renovarse; importa, pues, conceder una atención especialísima á la obra de este hombre eminente.

El principio es una invocación, rica en imágenes mitológicas y en pensamientos claros y profundos, dirigida á Venus, dispensadora de la vida, de la prosperidad y de la paz; desde los primeros versos reconocemos la actitud especial del epicúreo en frente de la religión, utilizando las ideas y las formas poéticas con un fervor y una sinceridad evidentes, lo que no impide que poco después, en el pasaje citado más arriba, considere como el principal mérito de su sistema la supresión del denigrante temor á los dioses. La antigua palabra romana *religio*, que á pesar de la incertidumbre de su etimología indica la dependencia é inferioridad del hombre respecto á la divinidad, encerraba una idea que Lucrecio tuvo naturalmente que rechazar con energía; así es que el poeta invoca á los dioses y ataca á la religión sin que se pueda, desde este punto de vista, descubrir en su sistema la sombra de una duda ó de una contradicción. Después de haber mostrado cómo gracias á las investigaciones libres y audaces de un griego (Epicuro y no Demócrito, á quien, sin embargo, Lucrecio celebra también, pero del cual estaba más distante), la religión, que antes oprimía cruelmente al hombre, ha sido derribada y hollada bajo los pies de aquél, se pregunta si la filosofía podía conducir al hombre á la inmoralidad y al crimen; y prueba, por el contrario, que fué la religión la causa de las más grandes atrocidades, y

que el temor insensato á las penas eternas impulsó á los hombres á sacrificar la dicha y la tranquilidad de sus almas por el terror que les inspiraban los castigos divinos.

El poeta desarrolla en seguida este primer axioma: «nada viene de la nada», axioma que se tomaría hoy por un dato de la experiencia, y que, conforme al estado en que entonces se encontraban las ciencias, estaba más bien destinado á convertirse, como principio heurístico, en la base de toda experiencia científica. Quien se figura que algo nace de la nada puede ver confirmada su preocupación á cada paso y sólo se convencerá de lo contrario aquél que posea un espíritu adecuado para las investigaciones, porque éste descubrirá las verdaderas causas de los fenómenos. He aquí cómo se demuestra este axioma: Si las cosas pudieran nacer de la nada, esta causa productora sería ilimitada según su misma naturaleza y todo podría resultar de todo; entonces los hombres saldrían del seno del mar y los peces de las entrañas de la tierra y ningún animal ni planta alguna se conservarían con las cualidades de su especie. Este argumento está fundado en un pensamiento muy justo. Si la nada diera nacimiento á los seres, no habría razón alguna para que una cosa cualquiera no pudiera nacer y entonces sería el mundo un juego continuo, extraño é incoherente, de nacimiento y muerte, de grotestas producciones; por el contrario, de la regularidad con que la naturaleza produce en la primavera las rosas, en el estío los cereales y en el otoño las uvas, se deduce que el desenvolvimiento de la creación resulta de la combinación periódica de las semillas de las cosas: se debe, pues, admitir que hay ciertos elementos comunes á muchas cosas, como las letras son comunes á las palabras.

Lucrecio muestra del mismo modo que nada perece, sino que las moléculas de los cuerpos que mueren no hacen más que desagregarse como antes se agregaron al

nacer alguna cosa. A la objeción natural de que no pueden verse las moléculas que se agregan y se disgregan, Lucrecio responde con la descripción de una tempestad y, para más claridad, coloca al lado la imagen de un torrente impetuoso y muestra que las moléculas invisibles del viento manifiestan su acción exactamente como las moléculas visibles del agua; el calor, el frío y el sonido sirven también para probar la existencia de una materia invisible; se encuentra una observación más delicada todavía en los ejemplos siguientes: los vestidos suspendidos á la orilla del mar se humedecen y colocándoles luego al sol se secan sin que se vean venir ni desaparecer las moléculas acuosas, su pequeñez las hace invisibles; una sortija que se lleva en el dedo durante algunos años, se adelgaza; una gota de agua horada la roca sobre la cual cae constantemente; la reja del arado se desgasta con la labor y las losas bajo los pies de los transeuntes; en cuanto á las moléculas que desaparecen á cada instante, la naturaleza no nos ha permitido verlas; es igualmente imposible, aun á los ojos más perspicaces, descubrir las moléculas que se unen y desaparecen en todo nacimiento y en toda destrucción; la naturaleza actúa, pues, con la ayuda de corpúsculos invisibles, los átomos.

Lucrecio establece en seguida que la materia no llena todo el universo sino que existe un espacio vacío, en el cual se mueven los átomos; aquí presenta como argumento concluyente el razonamiento *a priori* que sigue: Si el espacio estuviese lleno de una manera absoluta, el movimiento continuo, cuya existencia comprobamos en las cosas, sería imposible; después siguen las pruebas tomadas de la observación: las gotas de agua horadan las rocas más duras, los alimentos de los seres vivos penetran en todo el cuerpo, el frío y el sonido atraviesan las murallas y, por último, las diferencias de peso específico no pueden ser referidas más que á la extensión más ó menos grande del vacío. A la objeción de que el agua se abre

ante los peces porque vuelve á encontrar el vacío detras de ellos, Lucrecio responde afirmando que justamente el primer impulso inicial de este movimiento es del todo incomprendible en la doctrina de la materia llenando en absoluto el universo; ¿cómo, en efecto, se abriría el agua ante el pez si el espacio en que ha de penetrar no existiese todavía? De la misma suerte cuando los cuerpos se disgregan ha de producirse sobre el movimiento un espacio vacío; la condensación y la rarefacción del aire no pueden explicar estos fenómenos que no se verifican sino en tanto que la existencia del vacío entre las moléculas permite á estas últimas apretarse unas contra otras.

Fuera de los cuerpos y del espacio vacío no existe nada; todo cuanto es se compone de estos dos elementos ó constituye un fenómeno que se relaciona con ellos; el tiempo no es nada en sí mismo, no representa más que la sensación de lo que ha ocurrido en un momento determinado; lo que fué ó lo que será tiene, pues, tanta realidad como el espacio vacío; en resumen, no se deben considerar los acontecimientos históricos más que como cambios realizados en los cuerpos ó cumpliéndose en el espacio. Todos los cuerpos son simples ó compuestos; los cuerpos simples, los átomos, que de ordinario llama Lucrecio comienzos, principios y orígenes de las cosas, no pueden ser destruidos por ninguna fuerza; la divisibilidad hasta el infinito es imposible, porque cada objeto, disolviéndose más fácilmente y más pronto que se forma, su destrucción durante la eternidad iría tan lejos que no podría efectuarse jamás el restablecimiento de las cosas; por otra parte, la divisibilidad hasta lo infinito destruiría la regularidad en las producciones de los seres; en efecto, si los cuerpos no se constituyesen por moléculas inmutables y casi imperceptibles, todo podría nacer sin regla fija y sin encadenamiento. La negación de la divisibilidad infinita es la piedra angular de la teoría de los átomos y el vacío. El poeta hace después una pausa y ata-

ca á los otros sistemas cosmogónicos, principalmente los de Heráclito, Empédocles y Anaxágoras; hay que notar aquí el elogio que hace de Empédocles (ya hemos señalado la afinidad de sus doctrinas con el materialismo), después de una magnífica descripción de Sicilia, el poeta continúa:

«Esta comarca es grande en muchos conceptos, excita la admiración del género humano y merece ser visitada por la excelencia de sus productos y por el prodigioso número de sus habitantes; sin embargo, parece no haber poseído nada más ilustre, más admirable ni más precioso que ese hombre de cuyo divino pecho salen los cantos poéticos en que expresa sus brillantes descubrimientos y apenas si puede considerársele como perteneciente á la raza humana».

El primer libro termina con la cuestión de la forma del universo, y aquí Lucrecio, fiel como siempre á las enseñanzas de Epicuro, lanza sin vacilación la idea de que el universo tenga límites claramente trazados; suponed un límite extremo y que desde este punto una mano vigorosa arroje un dardo, este dardo será detenido en su marcha por un obstáculo ó continuará avanzando indefinidamente; en uno y otro caso se ve que es imposible asignar límites reales al mundo. Aquí encontramos el argumento original de que, si el mundo tuviera límites fijos, después de mucho tiempo toda la masa de la materia se habría acumulado en la base de este espacio limitado. La concepción de la naturaleza, tal como la formula Epicuro, ofrecía en esta cuestión un punto en realidad muy débil; este filósofo combate expresamente la gravitación hacia el centro, admitida por un gran número de pensadores de la antigüedad; desgraciadamente este pasaje del poema de Lucrecio presenta numerosos vacíos; no obstante, en él se reconoce todavía el fondo de la demostración tanto como el error fundamental del sistema; Epicuro admite el peso, la pesantez y la fuerza de resis-

tencia como propiedades esenciales de los átomos; los pensadores eminentes que fundaron el materialismo en la antigüedad no pudieron preservarse del todo, acerca de este punto, de las ilusiones ordinarias de los sentidos, pues aunque Epicuro enseñaba que en el vacío no hay alto ni bajo, admitía, sin embargo, que todos los átomos del universo siguen en su caída una dirección determinada; no es, en efecto, tarea fácil para la inteligencia humana hacer abstracción de la sensación habitual de la pesantez. La teoría de los antípodas, nacida desde largo tiempo há en los estudios astronómicos y de la extinción de la fe en la existencia del Tártaro, luchó inútilmente en la antigüedad contra la opinión natural que admitía en absoluto un arriba y un abajo; los tiempos modernos nos han mostrado en otro gran ejemplo, la teoría del movimiento de la tierra, con qué dificultad semejantes opiniones, sugeridas sin cesar por los sentidos, ceden el paso á la abstracción científica; un siglo después de Copérnico había aún astrónomos instruídos y librepensadores que como argumento oponían á la exactitud del nuevo sistema el sentimiento natural que se tiene de la inmovilidad de la tierra.

Partiendo de la idea fundamental de la pesantez de los átomos, el sistema epicúreo no puede admitir para dichos átomos un movimiento doble que se neutralice en el centro; como, en efecto, queda en todas partes, aun en ese centro, un espacio vacío entre los corpúsculos, éstos no pueden apoyarse unos en otros; si por otro lado se admite que los átomos se reúnen en el centro y, por su contacto inmediato, realizan la densidad absoluta, ocurriría, según la doctrina de Epicuro, que en el transcurso infinito del tiempo todos los átomos acabarían por reunirse en este lugar, de modo que ya nada podría producirse en el universo. No es menester que mostremos cuáles son los lados débiles de este sistema (42); importa, más bien, si queremos seguir con el pensamiento el desarrollo de

la humanidad, ver cuán difícil era llegar á una concepción clara de las cosas en la observación de la naturaleza; admiramos el descubrimiento de la ley de la gravitación, debido á Newton, y apenas si pensamos cuánto fué preciso para que esta teoría llegase al punto de madurez que permitiera á un eminente pensador encontrarla; cuando el descubrimiento de Cristóbal Colón arrojó bruscamente una luz nueva sobre la teoría de los antipodas y descartó para siempre las opiniones de los epicúreos respecto á este asunto, se sentía ya la necesidad de una reforma completa en la noción de la pesantez; después vinieron sucesivamente Copérnico, Keplero y Galileo con las leyes de la caída de los cuerpos, y sólo entonces estuvo todo dispuesto para establecer un concepto completamente nuevo.

Hacia el fin del libro primero Lucrecio emite con brevedad la grandiosa idea, concebida por Empédocles, de que la finalidad del universo, y en particular la de los organismos, no es, á decir verdad, más que un caso especial de la actividad mecánica actuando hasta lo infinito. Si hallamos grandiosa la teleología de Aristóteles, no podemos rehusar este epíteto á la doctrina que niega en absoluto la finalidad; aquí es preciso dar la última mano al edificio de la concepción materialista del mundo, tratándose de una parte del sistema que los materialistas modernos han profundizado bastante; si la idea de la finalidad nos es más familiar que la del mecanicismo, es precisamente porque aquella reviste el carácter exclusivo de las concepciones humanas; ahora bien, el desembarazarnos por completo de las ideas estrechas que desde un punto de vista puramente humano llevamos á la explicación de las cosas, ha de costarnos muchísimo trabajo; pero el sentimiento no es un argumento sino á lo sumo un principio heurístico que, enfrente de las deducciones rigurosamente lógicas, nos ayuda quizá á presentir soluciones más comprensivas, y de seguro esas soluciones no

vienen más que después, nunca antes de las deducciones; por eso seguramente dice Lucrecio:

«No es adrede ni después de madura reflexión como los elementos primordiales de las cosas han ocupado sus puestos; no por sus movimientos concertados sino que, impulsados de mil maneras en sus traslaciones al través del mundo y durante un tiempo infinito, después de haber experimentado todos los modos de movimientos y asociaciones, acaban por tomar posiciones tales que dan nacimiento al conjunto de las criaturas; gracias á esta armonía que se conserva durante largos años, una vez recibidos los impulsos convenientes, el mar es alimentado por las abundantes ondas de los ríos y la tierra caldeada por el ardor del sol, prodiga las cosechas y los nuevos frutos, las razas dóciles de los animales prosperan y los fuegos aéreos viven en el espacio».

Mirar la finalidad simplemente como un caso especial de cuanto puede ser concebido es un gran pensamiento, y no es menos ingenioso el pensamiento que nos hace relacionar la conveniencia de lo que se conserva á la conservación de lo que es conveniente; un mundo que se mantiene por sí mismo no es, por consecuencia, más que un caso que debe producirse de sí mismo en el transcurso de la eternidad por las innumerables combinaciones de los átomos, y únicamente porque la naturaleza de estos movimientos permite que se conserven en el gran todo y se reproduzcan hasta lo infinito es por lo que este mundo adquiere la estabilidad que nosotros también disfrutamos.

En el libro segundo, Lucrecio explica con más detalles el movimiento y las propiedades de los átomos; los átomos, dice, están siempre en movimiento y, según la ley de la naturaleza, este movimiento es, ha sido y será eternamente una caída uniforme al través del vacío infinito. Pero aquí el sistema de Epicuro se estrella contra una gran dificultad, y es: ¿cómo la formación del univer-

so puede resultar de esta caída eterna y uniforme de todos los átomos? Demócrito hace caer á los átomos con velocidades diferentes; chocando los pesados con los ligeros es como principia el proceso de las cosas; Epicuro tiene razón al atribuir á la resistencia de los medios las diferencias de velocidad de los cuerpos que caen en el aire ó en el agua; en esto está de acuerdo con Aristóteles, pero bien pronto se separa de él bruscamente; Aristóteles niega, no sólo el vacío, sino también la posibilidad de moverse en el vacío un cuerpo cualquiera; y Epicuro, comprendiendo mejor el movimiento, encuentra, por el contrario que este movimiento debe efectuarse en el vacío con tanta más rapidez cuanto que no encuentra resistencia alguna; pero, ¿con qué velocidad? Aquí tropieza con otra nueva dificultad este sistema. A modo de comparación se dice que los átomos se mueven en el vacío con una velocidad infinitamente mayor que la de los rayos solares, que en un abrir y cerrar de ojos atraviesan todo el espacio que existe entre el sol y la tierra (43); pero esto, ¿es una medida? ¿hay en este caso un medio para medir la velocidad? Evidentemente no, pues en principio todo espacio dado debe ser recorrido en un tiempo infinitamente corto; y como el espacio es absolutamente infinito, este movimiento llegará á ser de una dimensión indeterminada, tanto que no existen objetos por medio de los cuales pueda medirse; en cuanto á los átomos que se mueven todos paralelamente y con una velocidad igual, están relativamente en absoluto reposo.

Epicuro no parece darse cuenta exacta de esta consecuencia que está en desacuerdo con Demócrito, asombrándose del recurso por medio del cual llega á explicar el comienzo de la formación del mundo. ¿Cómo los átomos, que en su estado normal se mueven en sentido rectilíneo y paralelo como las gotas de lluvia, adquieren movimientos oblicuos, de rápidos torbellinos y combinaciones innumerables, tan pronto fijas é indisolubles como disolviéndose

en una eterna regularidad y revistiendo nuevas formas? Tienen que haber comenzado á desviarse de la línea recta en una época imposible de determinar; la menor desviación de la línea paralela produce en el transcurso del tiempo un choque, una colisión entre los átomos; una vez admitido esto, las formas diversas de los átomos producirán torbellinos, combinaciones y disgregaciones más complicadas; ¿pero dónde encontrar el origen de la desviación de que se trata? Aquí el sistema de Epicuro presenta un vacío desagradable; Lucrecio resuelve el problema, ó más bien corta la dificultad, manifestando que el hombre y los animales tienen movimientos voluntarios (44). En tanto que el materialismo moderno se esfuerza sobre todo en atribuir á causas mecánicas el conjunto de los movimientos voluntarios, Epicuro admite en su sistema un elemento rebelde á todo cálculo; explica bien la mayor parte de los actos del hombre por el movimiento de las partes materiales, pues un movimiento provoca siempre otro; pero tropezamos con una violación evidente de la serie causal, y el autor nos deja en una verdadera incertidumbre acerca de la esencia del movimiento. La voluntad libre produce en el ser vivo (véase Lucrecio, versos 263 á 271), en poco tiempo, efectos notables: así es cómo el caballo, cuando se abre la barrera, se lanza al hipódromo y, sin embargo, el comienzo habrá sido un choque casi imperceptible de los átomos del alma; se trata aquí de una concepción semejante á la teoría de la inmovilidad de la tierra en el centro del universo, cuya cuestión nos llevaría muy lejos. Demócrito, probablemente, no ha participado de estos errores que, por otra parte, nosotros apreciaríamos con menos severidad si no observásemos que aun hoy todavía, en la cuestión del libre albedrío, cualquiera que sea la sutileza metafísica que se emplee, el principal papel lo desempeñan la ignorancia y las ilusiones de los sentidos.

Para explicar el reposo aparente de los objetos, cuyas

moléculas, sin embargo, subsisten en movimiento muy vivo, el poeta emplea la comparación de un rebaño que está pastando, que, á pesar de los saltos alegres de los corderos, de lejos no se percibe más que una mancha blanca sobre una colina verde. Lucrecio representa á los átomos como teniendo formas muy variadas; lisos y redondos, ásperos y puntiagudos, ramificados ó curvos; ejercen, según su conformación, una influencia determinada en nuestros sentidos ó en las propiedades de los cuerpos que constituyen; el número de las formas es limitado, pero la cantidad de los átomos que tienen la misma forma es incalculable; en cada cuerpo los átomos más diversos se unen en proporciones particulares, y estas combinaciones, semejantes á las de las letras que entran en la formación de las palabras, hacen posible una diversidad de cuerpos mucho mayor que pudiera ser por efecto de la simple variedad de los átomos; no podemos evadirnos al deseo de reproducir un pasaje, todo saturado del genio de Lucrecio, donde el poeta critica la concepción mitológica de la naturaleza:

«Si alguno prefiere llanar Neptuno al mar y Ceres á los trigos, si le gusta más abusar del nombre de Baco que emplear el término propio del vino, permitámosle nombrar á la madre de los dioses siempre que en realidad se abstenga de mancillar su espíritu con la religión envilecedora.»

Después de esto, Lucrecio enseña que el color y los otros fenómenos sensibles no pertenecen en realidad á los átomos, sino que resultan sólo de su acción en relaciones y combinaciones determinadas. En seguida pasa á la importante cuestión de la sensación en sus relaciones con la materia; aquí la idea fundamental es que lo sensible nace de lo insensible; el poeta precisa su pensamiento diciendo que la sensación no puede nacer inmediatamente ni de todas las cosas ni en todas las circunstancias; la delicadeza, la forma, el movimiento y la disposición de la materia, son únicamente las que determinan ó no el

nacimiento de un ser sensible dotado de percepción; la sensación no existe más que en el organismo animal (45) y pertenece no á las partes, sino al todo. Hemos llegado á un punto en el que el materialismo, por lógico que sea, abandona siempre su terreno de una manera más ó menos disimulada; evidentemente se introduce aquí un nuevo principio metafísico por esta reunión de las partes en un todo, y este principio desempeña un papel bastante original al lado de los átomos y el vacío. Para probar que la sensación no la perciben los átomos tomados uno á uno sino el cuerpo entero, Lucrecio emplea imágenes humorísticas; sería asaz interesante, dice, ver á los átomos humanos reír ó llorar, ser pensadores, hablar de la unión de las cosas y preguntarse de qué elementos primitivos están ellos mismos compuestos; en efecto, sería preciso que los átomos estuvieran compuestos de tales elementos primitivos para poder experimentar una sensación, pero entonces no serían átomos. Lucrecio olvida que la sensación humana desenvuelta puede ser también una armonía, naciendo de numerosas sensaciones secundarias por un concierto particular, pero la dificultad principal no deja de subsistir por eso; esta sensación de armonía, no puede, en ningún caso, ser una simple consecuencia de las funciones de una parte aislada sin que tenga aquella alguna existencia como ser, porque ninguna sensación de armonía puede provenir de un total, por otra parte irrealizable, de no sensaciones de los átomos. El conjunto orgánico es pues, al lado de los átomos y del vacío, un principio enteramente nuevo, aunque no sea reconocido como tal.

El segundo libro termina con una deducción atrevida y grandiosa sacada de las opiniones expresadas anteriormente: la teoría de los materialistas de la antigüedad relativa al número infinito de los mundos que nacen á distancias y á intervalos de tiempos inmensos por encima, por debajo y al lado los unos de los otros, subsisten du-

rante miles de años (*eons*) y perecen después; mucho más allá de nuestro mundo visible se encuentran en todas direcciones innumerables átomos que no están reunidos en cuerpo alguno ó que han sido dispersados desde tiempo infinito; estos átomos continúan su caída silenciosa á intervalos de tiempo y á distancias que nadie sabría valuar; y como en todas partes, al través del vasto universo se encuentran las mismas condiciones, resulta que se repiten los mismos fenómenos donde quiera; por encima, por debajo y al lado de nosotros existen, pues, mundos en número incalculable; con este solo pensamiento debiera desvanecerse la creencia de la acción directora de los dioses en el universo; todos esos mundos están sometidos al nacimiento y la muerte, porque tan pronto atraen nuevos átomos que vienen del espacio ilimitado, como experimentan pérdidas cada vez mayores por la disgregación de sus partes; nuestra tierra envejece ya; el anciano agricultor mueve la cabeza suspirando y atribuye á la piedad de sus antepasados las cosechas más abundantes de los tiempos antiguos cuando el envejecimiento del globo es la única causa de la disminución progresiva de los productos del suelo.

En el libro tercero de su poema, Lucrecio despliega todas sus fuerzas como filósofo y poeta para exponer su teoría psicológica y para combatir la inmortalidad del alma; su objeto es terminar con el temor á la muerte: á este temor, que envenena todos los placres puros, el poeta atribuye también una gran parte de las pasiones que impulsan á los hombres al crimen; la pobreza parece ser ya la puerta de la muerte para aquellos cuyo corazón no ha sido purificado por la sabiduría; para escapar de la muerte, tanto como es posible, los hombres acumulan tesoros sobre tesoros, aun á costa de los crímenes más espantosos; el temor á la muerte puede cegar hasta el punto de que se busque lo que se fué, y puede lanzar al suicidio haciéndose la vida intolerable.

Lucrecio distingue el alma (*anima*) del espíritu (*animus*); los dos, dice, son partes del cuerpo humano estrechamente ligados una con otro; el espíritu es un órgano del sér vivo como la mano, el pie ó el ojo; desecha la opinión que hace del alma la simple armonía de toda la vida corporal; el calor y el aire vital, que en el momento de la muerte abandonan el cuerpo, componen el alma, cuya parte más sutil é íntima es el espíritu, que tiene su asiento en el pecho y sólo experimenta sensaciones; ambos, espíritu y alma, son de naturaleza corporal y formados por átomos más pequeños, más redondos y más móviles que el resto del cuerpo. Cuando la fragancia del vino se evapora ó cuando el perfume de un unguento se disipa en el aire, no se observa ninguna diferencia en el peso, y esto ocurre con el cuerpo cuando desaparece el alma. La dificultad que vuelve á presentarse aquí, necesariamente, de precisar el lugar de la sensación, se halla en el punto más importante completamente eludida en el sistema de Epicuro, y, á pesar de los considerables progresos realizados por la fisiología, el materialismo del siglo XVIII no ha avanzado más que aquel filósofo; los átomos, tomados uno á uno, no experimentan sensaciones; las sensaciones, además, no se funden entre sí, y el vacío, que no tiene substratum *ad hoc*, ni puede servir para transmitir las sensaciones ni, sobre todo, experimentarlas al mismo tiempo que los átomos; siempre se acaba por tropezar con esta aserción: el movimiento de los átomos es una sensación.

Epicuro y Lucrecio se esfuerzan en vano por disimular esta dificultad, acompañando á los sutiles átomos de aire, vapor y calor, que según ellos componen el alma, un cuarto átomo sin nombre, en extremo sutil y completamente central y móvil que será el alma del alma (46); pero la cuestión queda siendo la misma para este cuarto átomo; las fibras vibratorias del cerebro admitidas por la Mettrie no han cambiado nada el problema. ¿Cómo el

movimiento de un cuerpo por sí mismo insensible puede ser la sensación? ¿quién experimenta la sensación? ¿dónde y cómo se produce? Cuestiones á las cuales Lucrecio no responde, y de las que nosotros volveremos á ocuparnos más adelante.

Una refutación detallada de la teoría de la inmortalidad del alma, revista la forma que quiera esta teoría, constituye una parte importante del poema; se ve el valor que el poeta da á este punto, aunque en el fondo la conclusión final pueda ya deducirse completamente de las premisas; toda la argumentación se resume así: la muerte es para nosotros una cosa indiferente porque cuando llega no existe ya sujeto que esté en estado de percibir de un modo cualquiera una sensación desagradable. En su temor á la muerte, dice el poeta, el hombre no puede pensar que su cuerpo, podrido bajo tierra, sea devorado por las llamas ó despedazado por bestias feroces, sin creer secretamente que él mismo sentirá todo esto; aun negando este vago temor, todavía le siente; porque no sabe hacer abstracción completa de la vida, olvidando de este modo que, una vez muerto, carecerá de una segunda existencia que le permita lamentar su triste destino.

«En tu risueña morada no serás acogido por tu virtuosa compañera, ni tus hijos queridos se disputarán tus besos, ni una dulce alegría palpitará en tu pecho; ya no podrás con tu esfuerzo defenderte á ti mismo ni á los tuyos. ¡Ah, desgraciado!, dirán, un solo y funesto día te ha arrebatado á todos los goces de la vida; pero se les olvidará añadir: tú no tienes ya el menor deseo de esta felicidad. Si se penetrasen bien de esta verdad, y los hechos respondiesen á las palabras, se librarian de una pena muy grande y de un pavor no menos grande todavía. Tú, una vez adormecido por la muerte, permanecerás eternamente libre de todo dolor y sufrimiento, y, en cuanto á nosotros, cuando la terrible hoguera te haya reducido á ce-

nizas, no dejaremos de llorarte y el tiempo no arrancará de nuestro corazón esta pena eterna. Pero se pudiera objetarnos: si todo se reduce á sueño y reposo, ¿á qué consumirnos en eternos pesares?»

El fin del libro tercero, á partir del pasaje que acabamos de citar, contiene excelentes y notables pensamientos; el poeta hace hablar á la misma naturaleza, la cual demuestra al hombre la inanidad del temor á la muerte, sacando muy buen partido de los espantosos mitos referentes al mundo subterráneo, que explica con auxilio de las pasiones y sufrimientos humanos; se cree á cada paso estar oyendo á un racionalista del siglo XVIII, y que no se trata de concepciones clásicas. Tántalo, en los infiernos, no experimenta el vano temor de ver caer sobre su cabeza la roca que le amenaza, pero los mortales durante su vida están torturados por el temor de los dioses y la muerte; Titio no es el gigante del mundo subterráneo, cuyo cuerpo mueve fanegas de tierra y á quien están devorando eternamente los buitres, sino que cada uno de nosotros es un Titio cuando somos víctimas de los sufrimientos del amor ó de una pasión cualquiera; el ambicioso, codiciando las altas dignidades del Estado, rueda como Sísifo una enorme roca que apenas toca á la cima de la montaña se despeña en seguida al abismo; el feroz Cerbero y todos los espantajos que habitan el Tártaro, representan los castigos que esperan al criminal porque, aun cuando escape á la prisión y á un castigo ignominioso, su conciencia le inquieta de continuo mostrándole la justicia vengadora que le cerca con sus espantosos arreos. Los héroes y los reyes, los grandes poetas y los filósofos han muerto, y los hombres insignificantes se resisten contra la necesidad de la muerte, pasando su vida en sueños intranquilos y en vanas preocupaciones, siempre buscando y sin saber jamás lo que les falta; si lo supieran, lo abandonarían todo para dedicarse exclusivamente al estudio de la naturaleza que trata del estado en que el hombre,

después de terminada su actual existencia, persistirá eternamente.

El libro cuarto trata con especialidad de la antropología: nos llevaría muy lejos si hubiéramos de citar las numerosas y á menudo sorprendentes observaciones en que el poeta funda su doctrina, que es la de Epicuro; y como no nos preocupan los orígenes de las hipótesis fisiológicas, sino el desarrollo de las concepciones fundamentales, nos limitaremos á lo poco que hemos dicho más arriba acerca de la teoría epicúrea de las sensaciones. Este libro termina con un análisis detallado del amor y las relaciones sexuales; ni las prevenciones que de ordinario inspiran el sistema de Epicuro, ni la brillante invocación á Venus con que empieza el poema, hacen presumir el tono grave y severo con que Lucrecio trata este asunto; habla con rigor el lenguaje del naturalista y, explicando el origen del amor sexual, le condena como una pasión funesta.

El libro quinto, consagrado á la cosmogonía, expone los orígenes de la tierra y los mares, de los astros y de los seres vivos; aquí se halla la cuestión de la inmovilidad de la tierra en el centro del mundo; la base de esta teoría es la unión indisoluble de la tierra con los átomos aeriformes que, estando colocados sobre ella, no experimentan presión á causa de su sólida reunión con la tierra, que data de los tiempos primitivos; confesamos que esta explicación es algo obscura, y no se hace más clara en la comparación de la tierra con el cuerpo humano que no está sujeto por sus propios miembros y le mueven y llevan los átomos sutiles y aeriformes del alma; no obstante, hemos de observar que el poeta se halla tanto más lejos de creer en la inmovilidad absoluta de la tierra cuanto que esta hipótesis estaría en completa oposición con el conjunto del sistema epicúreo; ha de imaginarse el universo, lo mismo que los átomos, cayendo continuamente, siendo de extrañar que no se sirva Lucrecio, en in-

terés de su explicación, del libre movimiento de retroceso, en el sentido de arriba abajo, que experimentan los átomos aeriformes colocados sobre la tierra (47). Es verdad que si Epicuro y su escuela hubieran dilucidado completamente la relación del reposo y del movimiento relativos, se habrían anticipado muchos siglos; ya hemos visto en Epicuro la tendencia á explicar la naturaleza más bien por la posibilidad que por la realidad; Lucrecio enuncia esta tendencia con tal precisión que, uniéndola á ella las enseñanzas sugeridas por Diógenes Laercio, nos vemos forzados á creer que acerca de este punto nos encontramos enfrente, no de la indiferencia ó de la frivolidad, sino del método de la escuela epicúrea, formulada con tal claridad y tan exactamente como es posible en lo que concierne á la idea fundamental (48); Lucrecio dice á propósito de las causas del movimiento de los astros:

«Es difícil alcanzar en este mundo la certidumbre en estas cuestiones; pero lo que es posible, lo que sucede al través del espacio en los diversos mundos creados de diferentes maneras, esto es lo que enseño; voy á tratar de explicar las numerosas causas de donde pueden derivarse los movimientos de los astros en el universo; preciso es que una de esas causas produzca el movimiento de las constelaciones, pero ¿cuál? Esto no es fácil de encontrar cuando se avanza paso á paso.»

Esta idea de que la suma total de las posibilidades, visto el número infinito de los mundos, conviene perfectamente con el sistema epicúreo; este sistema identifica la suma de lo que es posible para el pensamiento con la suma de lo que es realmente posible y con lo que realmente existe además en cualquiera de los numerosos mundos, hasta lo infinito; esta concepción puede todavía hoy servir para hacer comprender la doctrina en boga de la identidad del sér y el pensamiento; en tanto que la física epicúrea razona acerca de la totalidad de las cosas posibles, y no acerca de posibilidades particulares cuales-

quiera, se aplica á la vez á la realidad en su conjunto, y sólo cuando se trata de concluir acerca de los casos determinados que están al alcance de nuestra experiencia es cuando cabe aplicar el «detente» que los escépticos oponen á cuanto la afirmación traspasa del conocimiento real; si se sabe usar este método tan profundo como prudente, se puede deducir muy bien de la hipótesis más verosímil la explicación de un caso determinado, y, en efecto, tenemos muchísimas pruebas de que la hipótesis más plausible ha sido á menudo también la preferida.

Entre las partes más importantes de la obra de Lucrecio pueden contarse los pasajes del libro quinto, donde expone el desenvolvimiento lento, pero continuo, del género humano; Zeller, que por lo general no hace completa justicia á Epicuro, dice con razón que en estas cuestiones el filósofo griego ha emitido opiniones muy sensatas. El hombre, desde los tiempos primitivos, estaba, según Lucrecio, mucho más fuertemente constituido que en nuestros días; tenía un poderoso esqueleto y sólidos tendones; endurecido contra el frío y el calor, vivía á la manera de los animales en una completa ignorancia del arte de la agricultura; la tierra fecunda le ofrecía espontáneamente el alimento, y las fuentes y los ríos aplacaban su sed; los primeros hombres habitaron en los bosques y en las cavernas y no tenían instituciones ni leyes; no conocían el uso del fuego ni los vestidos de pieles; casi siempre salían vencedores en su lucha con los animales y no huían más que delante de un reducido número de fieras; poco á poco aprendieron á construir cabañas, á cultivar el campo y á utilizar el fuego; los lazos de la vida de familia se formaron y el género humano comenzó á dulcificarse; la amistad nació entre los más vecinos, la rudeza disminuyó respecto á las mujeres y los niños, y, si la concordia no era universal todavía, por lo menos la paz reinó entre la mayor parte de los hombres; la naturaleza

impulsó al hombre á producir los más variados sonidos del lenguaje, y la necesidad creó los nombres de los objetos sobre poco más ó menos como acostumbran los niños en su primer desarrollo á emplear ciertos sonidos á la vez que muestran con la mano lo que está delante de ellos; así como el cabritillo siente sus cuernos y quiere servirse de ellos para el ataque antes de que estén completamente desarrollados, así como las panteras y los leones jóvenes se defienden con las patas y la boca cuando apenas si tienen garras y dientes, y así como los pájaros nuevos tratan de revolotear antes de tiempo, así se formaron los rudimentos del lenguaje humano; sería, pues, una locura creer que un solo individuo haya dado á las cosas sus nombres y que sus semejantes aprendieron de él las primeras palabras; en efecto, ¿cómo admitir que un solo hombre haya podido expresarlo todo por sonidos, producir los variados acentos del lenguaje y que los otros hombres no hayan podido hacer otro tanto? ¿cómo el inventor les hubiera determinado á emplear sonidos cuyo objeto y significado ignoraban por completo? Los animales mismos, movidos por el miedo, el dolor ó la alegría, producen sonidos muy diferentes; el mastín muestra los dientes gruñendo, ladra ruidosamente cuando juega con su cría, encerrado en la casa aulla, lanza gritos plañideros cuando se le amenaza ó se le pega y tiene, en fin, las entonaciones más diversas; lo mismo ocurre con los demás animales; con mucha más razón, concluye el poeta, debe admitirse que los hombres, desde los tiempos primitivos, han podido designar con sonidos nuevos siempre los diferentes objetos.

El desarrollo progresivo de las artes lo explica Lucrecio de igual manera, y aunque da participación á la sensibilidad y al genio inventivo de los individuos, sin dejar de ser lógico y fiel á su concepción del mundo, asigna el papel principal al tanteo más ó menos ciego; sólo después de haber seguido muy á menudo falsas direcciones,

el hombre encuentra los medios verdaderos que se imponen por su evidente superioridad y son adoptados en definitiva; según un pensamiento de una notable delicadeza, el arte de hilar y el de tejer ha debido ser inventado por el sexo masculino, el más ingenioso de los dos, y luego entregado á las mujeres, encargándose los hombres de otros trabajos más rudos; hoy que el trabajo de las mujeres se dirige paso á paso (y á veces de un modo brusco) á practicar las carreras y profesiones que durante largo tiempo han explotado los hombres, sólo este pensamiento nos parece mucho más natural que podía parecerlo en las épocas de Epicuro y Lucrecio, en las cuales, por lo que de ellas sabemos, no se producían aún tales revoluciones en las diferentes ramas de la industria.

En el encadenamiento de estas reflexiones históricas y filosóficas se hallan mezclados pensamientos del poeta acerca del origen de las instituciones políticas y religiosas; Lucrecio imagina que los hombres distinguidos por su habilidad y valor comenzaron á fundar ciudades y á edificar castillos; después vinieron los reyes, que distribuyeron á su antojo tierras y dominios entre los más bellos, vigorosos y mejor dotados de sus partidarios; sólo más tarde, cuando se descubrió el oro, se produjeron desigualdades de fortuna que permitieron á la riqueza suplantar á la belleza y á la fuerza; la riqueza tiene también sus partidarios y se unió á la ambición; poco á poco el poder y la influencia fueron disputados por numerosos competidores; la envidia minó el poder, derribaron á los reyes y cuanto más temido fué antes su cetro con más furor lo pisoteó después la muchedumbre; durante algún tiempo dominó la brutal multitud, y, sólo después de haber pasado por la anarquía, la sociedad entró en un estado de cosas regido por leyes. Los pensamientos de Lucrecio tienen ese carácter de resignación y repugnancia hacia toda actividad política que en la antigüedad era casi común á todos los sistemas materialistas; del mismo modo

que el poeta opone al amor de las riquezas la economía y sobriedad, así es de opinión que vale más obedecer tranquilamente que aspirar al poder y apoderarse de un trono; se ve que la antigua virtud republicana y el amor á los gobiernos libres han desaparecido; elogiar la obediencia pasiva equivale á negar el Estado como sociedad moral; es injusto que se haya asociado este individualismo exclusivo á la concepción atómica del mundo; hasta los estoicos, que preocupados con la moral práctica trataron con frecuencia de política, acabaron, sobre todo en los últimos tiempos, por alejarse sistemáticamente de toda participación en los negocios públicos, y á su vez la solidaridad entre los filósofos, tan alabada por los estoicos, estaba dignamente representada entre los epicúreos por la intimidad de sus relaciones amistosas. Las causas que lanzaron á la filosofía antigua al quietismo político fueron más bien la extinción de ese entusiasmo juvenil que había impulsado á los pueblos á constituir Estados, la desaparición de la libertad, la situación desesperada y, en cierto modo, la descomposición del organismo político.

Lucrecio hizo derivar la religión de fuentes primitivamente puras; durante la vigilia, y más aún durante el sueño, los hombres veían en su imaginación las formas majestuosas y potentes de los dioses y atribuían á estos seres fantásticos vida, sentimiento y fuerzas sobrehumanos; al mismo tiempo observaron el curso regular de las estaciones como la salida y puesta de los astros; no conociendo las causas de estos fenómenos, colocaron las divinidades en los cielos, morada de la luz y de los otros fenómenos celestes, atribuyendo á los dioses las tempestades, el rayo, el granizo y el ruido amenazador del trueno.

«¡Desgraciados seres humanos, por haber atribuido tales actos á los dioses y haberles dotado de tan terribles cóleras, qué de heridas y gemidos os preparasteis á vosotros mismos! ¡cuántas lágrimas haréis derramar á nuestros descendientes!».

El poeta explica detalladamente con qué facilidad el hombre, á la vista de los tremendos fenómenos de que es teatro el cielo, en vez de considerar las cosas con calma, que es lo que constituye la piedad verdadera, tuvo la idea de apaciguar la pretendida cólera de los dioses con votos y sacrificios imponentes.

El último libro del poema se refiere, si podemos expresarnos de esta manera, á la patología; aquí se discuten las causas de los fenómenos meteóricos, y el poeta explica los relámpagos, el trueno, el granizo, las nubes, los desbordamientos del Nilo y las erupciones del Etna; pero del mismo modo que en los libros anteriores la historia primitiva de la humanidad no forma más que una parte de la cosmogonía, así las enfermedades del hombre están mezcladas con los fenómenos notables del universo y la obra concluye con una descripción, justamente célebre, de la peste; no sin intención quizá el poeta termina su poema con un cuadro conmovedor del poder de la muerte después de haberle comenzado con una invocación á la diosa que por todas partes hace surgir la vida.

Del contenido especial del libro VI citaremos la descripción de los lugares del averno y los fenómenos de la piedra imán. Los lugares del averno debieron provocar de un modo especialísimo en nuestro poeta el gusto por las explicaciones, y el imán ofreció á su concepto de la naturaleza una dificultad especial que trató cuidadosamente de allanar por medio de una hipótesis complicada. Los antiguos llamaban avernos, como con frecuencia vemos en Italia, Grecia y Asia, es decir, en las comarcas más civilizadas entonces, los sitios donde el suelo produce exhalaciones que causan á los hombres y á los animales desvanecimientos y aun la muerte; de aquí que la creencia popular colocara los lugares del averno en comunicación con el mundo subterráneo y con el imperio de la muerte; el difunto era llevado por los genios y demonios al reino de las sombras, esforzándose en arrastrar consigo

las almas de los vivos. El poeta trata de demostrar, según la varia naturaleza de los átomos, que los unos han de ser favorables y los otros adversos á tales ó cuales criaturas; en seguida pasa á hablar de los diferentes venenos invisibles y menciona, al lado de algunas tradiciones supersticiosas, los venenos metálicos que matan á los mineros y, por último, lo que es más aplicable á la cuestión que trata, el efecto mortal de las exhalaciones carbónicas; se comprende bien que al ácido carbónico, que no era conocido de los antiguos, le hayan atribuido los efectos de los vapores fétidos del azufre; Lucrecio adivinó que, en los lugares del averno, el aire estaba emponzoñado por las emanaciones del suelo, y este hecho puede probar que, desde esta época un estudio de la naturaleza fundado en el examen de las analogías da notables resultados á falta de métodos rigurosamente lógicos.

La explicación de los efectos del imán, por defectuosa que sea, nos muestra con qué sutileza y rigor la física epicúrea hace uso de las hipótesis, pues sabido es que no tiene otras bases; Lucrecio recuerda primero los movimientos continuos, rápidos é impetuosos de los átomos sutiles que circulan en los poros de todos los cuerpos radiando en sus superficies; cada cuerpo emite en todas direcciones torrentes de tales átomos que establecen una reacción constante entre todos los objetos del espacio; esta teoría general de las emanaciones corresponde á la teoría moderna de las vibraciones y, por las acciones y reacciones recíprocas, cualquiera que sea su forma, la experiencia de nuestro tiempo las ha confirmado y las ha atribuido además, en cuanto á su naturaleza, multiplicidad y rapidez, una importancia mucho mayor de la que hubiera podido figurarse la imaginación más audaz de un epicúreo. Según Lucrecio, el imán producirá una emisión de átomos tan brusca que, rechazando el aire, producirá entre él y el hierro un espacio vacío donde este último habrá de precipitarse; la física epicúrea no permite creer

que exista aquí la cuestión de un místico horror al vacío (*horror vacui*); este efecto se produce porque cada cuerpo está sin cesar y por todas partes sacudido por el choque de los átomos aéreos y porque deben por consecuencia dirigirse hacia el lugar donde se forma el vacío, á menos que su peso sea muy grande ó su densidad tan leve que las corrientes aéreas puedan pasar fácilmente por los poros de este cuerpo; esto nos explica por qué es al hierro al que atrae precisamente con tal vivacidad el imán; Lucrecio refiere la causa de este fenómeno á la estructura y al peso específico del hierro; los otros cuerpos, por ejemplo el oro, ó son demasiado pesados para que estas corrientes les muevan y lancen hacia el imán al través del espacio vacío de aire, ó bien son tan porosos, como la madera *verbi gratia*, que las corrientes les atraviesan libremente y sin impulsión mecánica.

Esta explicación deja todavía por resolver muchas cuestiones, pero la manera con que Lucrecio ha considerado y tratado este fenómeno habla mejor á los sentidos que las hipótesis y las teorías de la escuela aristotélica; en primer lugar, cabe preguntarse cómo es posible que las emanaciones del imán rechacen el aire sin repeler al mismo tiempo el hierro; por otra parte se hubiera podido averiguar con una experiencia fácil y comparativa que en el espacio donde el aire está realmente rarificado se encuentran también más cuerpos que el hierro; pero por lo mismo que se pueden oponer tales objeciones, se ve que la explicación se dirige por un camino fecundo, mientras que, admitiendo fuerzas ocultas, simpatías especiales y otras hipótesis parecidas, se corta de un golpe toda reflexión ulterior. Verdad que el mismo ejemplo nos enseña también por qué en la antigüedad no pudo progresar este género de investigaciones; casi todos los descubrimientos durables de la física antigua son de naturaleza matemática, por ejemplo, la astronomía, la estática, la mecánica y los elementos de óptica y acústica; además se acumularon

numerosos materiales en las ciencias relativas á la descripción de la naturaleza; pero los antiguos se detuvieron siempre donde hubieran podido avanzar, variando y combinando los datos de la observación con objeto de descubrir las leyes generales del universo; los idealistas no comprenden ni se interesan por el fenómeno concreto, y los materialistas están dispuestos á satisfacerse sólo con la observación, contentándose con la explicación más aproximada en vez de profundizar el fenómeno observado.